

Jean-Marc Gonin y Olivier Guez

La caída del Muro de Berlín

Traducido del francés por Manuel Talens

El 9 de noviembre de 1989, de forma inesperada, se abrieron las puertas del Muro de Berlín ante los ojos atónitos de todo el mundo. Los berlineses de la zona oriental, sin poder creérselo, irrumpieron en las calles de la zona occidental que hasta entonces les había estado vedada. Sus vecinos del oeste, sumados a la fiesta, se lanzaron a picar el Muro con lo que tenían a mano, mientras Rostropovitch amenizaba con su violonchelo aquel momento histórico.

El Muro de Berlín había sido durante décadas el testigo mudo y cruel de la Guerra Fría. Un telón de hormigón y alambres de espino, sembrado de torres vigía y nidos de ametralladoras, que recorría el continente de norte a sur, separando a la Europa occidental de la comunista, y que se había cobrado la vida de innumerables ciudadanos del Este que intentaban pasar a Occidente. Aquel 9 de noviembre de 1989 todo aquello llegaba a su fin. Era el broche final a la Guerra Fría, un proceso que había iniciado Gorbachov en la Unión Soviética con su perestroika y que se había extendido como un aire de libertad por toda la Europa del Este. La República Democrática de Alemania, que se había resistido a los nuevos tiempos, finalmente se desmoronó como un castillo de naipes ante el empuje de sus ciudadanos que, habiéndole perdido el miedo a la temible policía política del régimen comunista, la Stasi, salieron a la calle gritando libertad.

Cuando se cumple el veinte aniversario de la caída del Muro de Berlín, Jean-Marc Gonin y Olivier Guez, que conocieron de primera mano aquellos sucesos, nos cuentan no sólo lo que pasó, sino también el cómo y el porqué de lo que se fraguó detrás de las bambalinas entre febrero y noviembre de 1989. De forma novelada, nos narran la intrahistoria de la caída del Muro entremezclando los hechos con las dudas, pensamientos, temores y esperanzas de los protagonistas de aquellos días. Tanto de las primeras figuras de la política implicadas en los hechos -Gorbachov, Honecker, Krenz...-, como de los simples ciudadanos que organizaron la oposición cívica y cuya fuerza pacífica terminó provocando la hasta entonces inimaginable implosión del régimen comunista alemán.



Jean-Marc Gonin

JEAN-MARC GONIN es periodista de la revista francesa *Figaro Magazine*. Entre 1985 y 1988 fue corresponsal en Alemania del diario *Libération* y de *Radio France*. Un año después cubrió para el semanario *L'Express* la caída del Muro de Berlín. Testigo del desmoronamiento de los regímenes comunistas, en 1994 publicó junto a Daniel Vernet el libro *Le Rêve sacrifié*, sobre la guerra de Yugoslavia.



Olivier Guez

OLIVIER GUEZ, licenciado en Ciencias Políticas por la London School of Economics, ha sido corresponsal en América y Bélgica. Hoy en día trabaja desde Berlín para *Le Monde 2*, *Transfuge*, *Politique Internationale* y *Foreign Policy*. Es autor del libro *L'Impossible Retour. Une histoire des Juifs en Allemagne depuis 1945* y coautor, junto a Frédéric Encel, de *La Grande Alliance*, sobre las relaciones entre Estados Unidos y Rusia después del 11S.

Prólogo

Un muro destinado a durar cien años

Berlín Este, noche del domingo 5 al lunes 6 de febrero de 1989

Con el rostro ennegrecido por el carbón, los hombres avanzan por el canal del distrito de Britz. Con la mayor discreción, atraviesan una primera barrera sin problemas, luego una segunda, esta última conectada con el sistema central de seguridad del Muro.

El sonido de una sirena desgarrar la noche helada; la luz de los proyectores automáticos barre el espacio por donde se han introducido; desde una torre de observación cercana, tres guardias fronterizos disparan tiros de intimidación. Asustados, los dos fugitivos corren en zigzag para evitar las luces; tratan de alcanzar el río Spree, zambullirse en sus aguas y nadar hasta la otra orilla; una patrulla de guardia, surgida de la noche, les apunta. Uno de ellos recibe diez balas en el pecho. Muere al instante. El otro, herido en un pie, es capturado por las tropas fronterizas.

Plätz, cuartel general de las tropas fronterizas de la Alemania del Este, miércoles 8 de febrero de 1989

De un salto se cuadran. El *generaloberst* Klaus Dieter Baumgarten, miembro del Consejo Superior de la Guerra de la República Democrática Alemana, hace su entrada. Mira de arriba abajo a los asistentes. Los ocho generales y coroneles enviados por el Estado Mayor adivinan sin problemas la razón de su preocupación. Corre el rumor de que la orden de «tirar a matar», que está en vigor de forma oficiosa desde la construcción del Muro el 13 de agosto de 1961, está caduca, pues dos hombres han tratado de atravesar la frontera. Un «lamentable accidente» ocurrido en la noche del 5 al 6 de febrero.

—Camaradas —dice Baumgarten—, elementos hostiles, a sueldo del imperialismo, están dispuestos a correr todos los riesgos para reunirse con nuestros enemigos. Los fugitivos de Berlín eran culpables del crimen de querer abandonar la República. Los guardias fronterizos que los interceptaron cumplieron con su deber y se han comportado como héroes. Esos valientes soldados han recibido la felicitación por escrito del camarada Erich Mielke. Pronto serán condecorados, obtendrán una prima y la Seguridad del Estado les concederá el verano próximo, a título excepcional, unas vacaciones de dos semanas en un pueblo turístico del Báltico. En cuanto al joven detenido hace dos días, será juzgado. Y se ha informado a los familiares de Gueffroy, la víctima, de que murió en un trágico incidente en la frontera¹.

¹ Estos últimos nunca pudieron velar su cadáver, ya que la Stasi procedió inmediatamente a la cremación del cuerpo, tal como acostumbra-

El rostro del general Baumgarten se vuelve sombrío.

—Este asunto es muy delicado, ténganlo por seguro. Si por casualidad la prensa y las cancillerías occidentales llegasen a conocer las circunstancias exactas de la muerte de Gueffroy, la RDA sería calumniada de nuevo. No podemos permitirnos estar aislados en el cuarenta aniversario de nuestro Estado obrero y campesino.

Se pone las gafas de concha y continúa, elevando la voz:

—La frontera que divide Berlín es la más difícil de franquear del planeta. Pero, a pesar de la reciente instalación de barreras metálicas suplementarias y de la construcción de puertas con apertura teledirigida en algunos segmentos, mis servicios han registrado un recrudescimiento de las evasiones llevadas a cabo con éxito estos últimos años, lo cual alegraría mucho a los medios occidentales. En el futuro debemos mantener un alto grado de seguridad y reforzar aún más los controles fronterizos. Pero debemos hacerlo de otra forma. Las consignas son claras: para ser breve, alta tecnología en vez de derramamiento de sangre. Por eso es absolutamente necesario que aceleremos los preparativos y la puesta a punto del plan «Muro de alta tecnología 2000».

El general Baumgarten saca de su cartera un grueso fajo de planos y proyectos. Mientras sus subordinados hojean los documentos que les ha hecho distribuir, se acerca a la ventana. La nieve cae en abundancia sobre la llanura de Brandeburgo; en la calle desierta, un Trabant patina.

ba a hacer en circunstancias parecidas para que nadie verificase las causas de la muerte.

El «Muro de alta tecnología 2000»: ¡Su último reto, el más ambicioso de todos! Desde hace treinta y cinco años se ocupa de la seguridad y de la protección de las fronteras de la RDA y, en particular, de las del Muro. Antes de su edificación, entre ciento cincuenta y doscientos mil alemanes del Este, la mayoría jóvenes cualificados, abandonaban el país cada año. A primera hora del 13 de agosto de 1961, bajo la protección de carros blindados soviéticos, Erich Honecker, el futuro secretario general del Partido, supervisó el desarrollo de la operación de acordonamiento indispensable para la construcción del Muro: trece estaciones de metro cerradas; la mayoría de los puntos de paso entre los sectores, amurallados; el conjunto de las infraestructuras, administraciones y redes de distribución de gas, agua y electricidad, reorganizado. Las redes de alambradas ordinarias, y luego los muros de ladrillo hueco erizados, fueron reemplazados por bloques prefabricados con cemento armado pesado y de alta densidad, de una altura de 3,6 metros y coronados por una cresta de cemento.